

PALOMA FABRYKANT

TODA

TU

FURIA

PALOMA FABRYKANT

**T O D A
T U
F U R I A**

O

Si pudieras elegir un instante para vivir el resto de la eternidad, sería ese segundo en que levantaste la vista y te encontraste la mirada de Sensei. Nunca te había mirado así. Nunca lo habías visto mirar así a nadie. Sensei era todo ferocidad, todo altivez y desdén, todo ignorar o despedazar alumnos con sus ojos rasgados como dos grietas a un abismo sin fondo. En ese instante imposible, que recreaste en tu mente tantas veces, ese abismo se llenó de compasión, de ternura. Sensei te tocó la cabeza como un padre a un hijo. Sonreía.

Estaban en Ikigai, ese primer piso sobre la calle Talcahuano donde dejaste tantas veces tu vida, toda tu voluntad concentrada. Tenías la cabeza gacha, la vista fija en el piso, las manos temblando. Te atreviste a acercarte porque no podías más con vos misma, la deshonra te ahogaba, te quemaba las tripas.

—Sensei, usted fue demasiado indulgente conmigo —le dijiste—. El castigo fue muy suave, no merezco perdón. Ya no puedo alzar la vista, no puedo mirarme al espejo, no puedo pararme en el *dojo* como antes.

Sensei te batió el pelo recién cortado, como a un buen estudiante, un poco travieso, que ya aprendió la

lección. Y te miró con los ojos con los que Dios miró al hombre cuando se arrepintió de morder la manzana. Entonces supiste que todas sus otras miradas —la estricta, la cruel, la indiferente, la reprobatoria— eran sólo máscaras. El verdadero Sensei era puro perdón, puro reparo.

Veinte años antes, sos una nena. Te llamás Lidia, tenés la cara redonda, el pelo finito y suave. Vivís con mamá, papá y tu hermano. El tiempo es distinto, un día puede durar un año y cuando algo te hace reír no te cansás nunca. Vas al jardín, a veces te dejan correr por la calle y otras veces te compran chupetines en el kiosco; pero correr con el chupetín en la boca, nunca. Después, tu papá está en la cama y tu mamá lo atiende. Empieza a ser así siempre: tu mamá ya no puede jugar con vos. Hasta que un día todos lloran, hasta tu hermano mayor, y tu papá no está más. No entendés qué pasó, pero en tu casa queda un pozo.

La seño te dice que tu papá está en el cielo, pero cuando le preguntás a tu mamá te contesta que el cielo no existe. Alguna de las dos te está mintiendo. Primero pensás que es tu mamá, porque el cielo es algo que podés ver, están los pájaros, los aviones, pero no entendés cómo tu papá podría llegar ahí, y la seño tampoco te lo puede explicar. Empezás a pelearte mucho en el jardín, hacés berrinches por chiches que ni siquiera te gustan. Pronto nadie quiere jugar con vos, menos ir a tu casa. Te acostumbrás a pasar las tardes hablando con tus

muñecos. Tus favoritos son un elefante de peluche y un perro que saca la lengua. Les explicás con paciencia lo que te dijo tu hermano: que no esperen a que papá vuelva, que se murió para siempre. Pero ellos no lo entienden. ¿Hasta cuándo dura «para siempre»?

Gustavo te lleva tres años y es tu ídolo. A veces es cariñoso y otras terriblemente cruel, sin una pista que advierta cuál toca. Pueden pasar una tarde entera jugando a León y Tigrecita explorando la selva. Rugen, caminan en cuatro patas, te pinta rayas de tigre en la cara. Esos días te sentís especial. Pero al siguiente invita a un amigo y te cierra la puerta en la cara, indiferente, como si no fueran nada. Y vos te quedás llorando a los gritos, golpeando y pateando esa puerta cerrada. Invisible, olvidada. Mamá trabaja todo el día en el hospital. Cuando vuelve, no encontrás la forma de transmitirle tu frustración.

—Gus me molesta —le decís.

—¿Qué te hizo? —pregunta mamá, pero no podés explicarlo.

Empezás primer grado en una escuela nueva. Es muy grande y te da miedo perderte. Te dejás conducir por las maestras. En el aula estás tranquila: te gustan los cuadernos forrados de papel araña. Pero en los recreos todo se vuelve bestial: embestidas, griterío, una intensidad que te espanta. Los chicos se empujan y corren como locos. Vos estás en pausa; el furor kinésico te pasa por al lado, te atraviesa sin tocarte como si estuvieras plastificada. No hacés travesuras. Preferís

quedarte en el aula. En casa, te refugiás en los dibujos. He-Man te acompaña, bidimensional, pero tan real como cualquiera. Forma una amalgama de placer con las tostadas con manteca y dulce de leche que comés sentada frente a la pantalla. Y después, la golosina del día, que puede ser un chocolate con maní o caramelos cuadrados masticables. Sin darte cuenta, engordás.

Sos la primera en tu grado en tener un Atari, regalo de los ocho años, gran esfuerzo económico de mamá. Con ese milagro de la tecnología, la pantalla deja de ser sólo contemplación y se vuelve interactiva. Toda la agitación que falta en tu rutina la vivís encarnada en los muñequitos pixelados. Por un tiempo la novedad trae compañeros a la casa y gozás de un breve período de popularidad. Manejás bien el joystick, tu cabeza y tus dedos son rápidos, pero el resto de su cuerpo sigue olvidado, y en la clase de educación física la pasás muy mal. Jamás te salen la vertical ni la medialuna y los chicos te cargan. Tampoco sabés sentarte como una señorita: te dejás caer sobre los sillones por pura fuerza de gravedad, aterrizás despatarrada y se te ve la bombacha. Las otras chicas empiezan a hacerte el vacío. Cuando no llevás el Atari, no te invitan a ninguna casa. Un día te das cuenta de que están hablando de vos. Nadie te encara. Al final se acerca Laura, una de las populares, y te pregunta: «¿Es verdad que no tenés papá?». No sabés qué contestar. Tuviste uno pero se murió. No es lo mismo que no tener, es muy distinto. Pero en la práctica, es verdad: no tenés papá. Algunos

compañeros especialmente crueles te empiezan a decir «la medio huérfana» y como las maestras los reprimen con severidad, lo dejan en «la medio», que es casi peor.

2

Con la pubertad, todo recrudece. Tu desarrollo es lento. Cuando la mayor parte de las nenas empieza a mostrar formas femeninas, vos seguís teniendo cuerpo de beбота: panzona, sin asomo de curvas. Los varones persiguen a las chicas para sacarles la vincha, una excusa para tocar sus flamantes actualizaciones. Los pechos son protuberancias inverosímiles, bultos alienígenas emergiendo de los torsos antes planos de tus compañeras. Milagros que no ocurren para vos. Te sentís de otra especie, entre infantil y machona. Imitás a tu hermano en todo: los gestos, la forma de pararse, parecés un varoncito. Tampoco tenés un buen ejemplo de feminidad hegemónica en casa: tu mamá es cero coqueta, jamás la ves maquillarse o probarse ropa. Siempre está cansada, vuelve del hospital arrastrándose, hace café, se prende un cigarrillo, suspira y mira por la ventana de la cocina. Alguna vez, cuando ella no está, espiás esa ventana para tratar de entender qué mira, pero no encontrás nada. El departamento es interno, da a una pared.

En los primeros bailes, tus compañeras se contagian la fiebre de la pilcha. Vos querés pertenecer, pero

cuanto más lo intentás más quedás en ridículo: todo lo que te ponés te queda mal. Los varones tampoco te dan espacio: sólo quieren jugar al fútbol. Cuando logran escapar por los patios corriendo la pelota, las chicas aprovechan para armar coreografías con las canciones de moda. Vos no podés coordinar más de tres movimientos seguidos, y menos reproducir la cadencia sugerente con la que mueven la cadera, una sensualidad inalcanzable para tu cuerpo cilíndrico. Cuando vienen los lentos ni lo intentás —sabés que no te van a sacar a bailar—; te sentás en el piso con las piernas cruzadas y te dedicás a comerte larga y metódicamente las uñas hasta sacarte sangre.

Para el baile de egresados, Laura, la popular, se apiada de vos y te presta un vestido. Te dice que es superelástico, seguro te va a entrar. Claro que no te queda igual: donde a ella le marca la cintura, a vos te abulta la panza, y en la parte del busto queda vacío, haciendo bolsa. Pero ese vestido es tu única oportunidad de ascender en la descarnada escala social del grado. No usarlo se vería como un desprecio a Laura. No encontrás otro remedio que rellenar el corpiño con algodón. Te mirás al espejo y ves algo similar al cuerpo de una mujer. Tomás coraje y le mostrás a tu mamá. Al verte, Beatriz sonrío, piensa que estás haciendo una broma.

«¿Qué te pusiste?», pregunta. Pero vos no querés dar el brazo a torcer. Decís que tu cuerpo cambió y no se dio cuenta porque nunca te presta atención. Ella se calla y te deja hacer. El baile de egresados es una

experiencia dolorosa. La burla es la defensa de quienes quieren distraer la atención de sus propias vergüenzas, y te convertís en el objetivo perfecto. Después de esa noche pasás semanas llorando, y decidís bajarte del viaje de fin de curso; no querés ver a ninguno de tus compañeros nunca más. En casa se aprecia el alivio económico y a cambio te compran un game boy que se convierte en tu principal aliado para la abstracción. Pasás todo el verano jugando al Tetris, y lo hacés bastante bien.